

parte en aquella solemnidad entre los vasallos de la Iglesia, con todo el ornato de su dignidad ducal.

Luego que la solemne comitiva, favorecida por un hermoso tiempo primaveral, se hubo ordenado conforme á las disposiciones del Maestro de ceremonias Paris de Grassis, presentóse el Papa. El duque de Ferrara llevaba del freno su caballo de montura, y sostuvo las riendas hasta la fontana de la plaza de San Pedro, donde le substituyeron Francisco María della Róvere, duque de Urbino, Juan María de Varano, Señor de Camerino (1), y el nepote Lorenzo de' Médici.

La solemne procesión ofreció el más brillante espectáculo de que Roma había sido testigo después de la época imperial (2). Formaban la cabeza 200 lanceros á caballo, junto con la servidumbre inferior del Papa y de los cardenales. Ofrecían magnífico aspecto los músicos, que seguían, ataviados con la librea del Papa, blanca, roja y verde, y en el pecho la divisa de los Médici. En pos de ellos aparecieron los estandartes de los 12 cursores pontificios y de los 13 presidentes de los distritos de la Ciudad, y la bandera de la Universidad con su querub de llameantes colores. Juan Jorge Cesarini llevaba la gran bandera roja de Roma con

(1) Los dos susodichos llegaron á Roma el 7 de Abril de 1513. \*Diario de un francés residente en Roma, que se halla en el Cod. Barb. lat. 3552. *Biblioteca Vaticana*.

(2) El Possesso de León está descrito con todos sus pormenores por: 1.º Paris de Grassis, publicado por Gatticus, 382-385. (Este editor ha omitido algunos pasajes cortos, á pesar de que no carecen de interés. Así en Gatticus, 384, después de diruperunt, hay que añadir todavía las siguientes palabras que se hallan en el manuscrito del *Archivo secreto pontificio*, XII, 23: et nisi pontifex cum suis palatinis stipendiariis obviasset, omnia consumpsissent). 2.º J. Penni, *Chronica delle magnifiche ed onorate pompe fatte in Roma per la creazione et incoronazione di P. Leone X, P. O. M.* (Roma, 1513), obra que ha reimpresso incompletamente Cancellieri, *Possessi*, 67-84, pero que se halla completa en Roscoe-Bossi, V, 189-231. 3.º el embajador de Venecia y otros venecianos, cuyas narraciones han sido reimpresas por Sanuto, XVI, 160 ss., 678 ss. 4.º M. Equicola, v. Reumont-Baschet, *Cath. de Médicis*, 241-242. Además de estos testigos oculares, cf. la descripción de Tizio publicada por Fabronius, 270-274; Jovius, *Leo X*, I, 3; Guicciardini, XI, 4, y de los modernos Reumont, III, 2, 56 ss.; Gregorovius, VIII, 168; Castelnau, II, 341 ss.; Müntz, *Raphael*, 416 ss., y Schulte, I, 197 ss. Sobre las fiestas del siglo XVI en general v. Burckhardt, *Gesch. der Renaissance* (editada por Holtzinger), 372. De las relaciones inéditas, he utilizado también la \*Carta de Gabbionetta, fechada en Roma á 13 de Abril de 1513) y la \*Nota del l'ordine tenuto nel cavalchare a S. Janni a di della coronatione di N.-S. a di XI d'Aprile, 1513, que se halla en C. Strozzi., 235, f. 1. *Archivo público de Florencia*.

las letras de oro: S. P. Q. R. (Senatus Populusque Romanus), y seguían por su orden los Procuradores de la Orden de los Caballeros Teutónicos, con su bandera blanca, en la que resaltaba una cruz negra; el Prior de los Sanjuanistas, Julio de' Médici, que llevaba asimismo la bandera de la Orden, de seda roja con cruz blanca; y finalmente, la bandera del Capitán General y del Gonfaloniere de la Iglesia. Seguía luego la caballeriza pontificia: nueve caballos blancos y tres mulas blancas con caparazones bordados de oro, el jefe superior de las caballerizas, vestido de rojo, y numerosos camareros de honor, dos de los cuales llevaban infulas cuajadas de perlas y piedras preciosas, y otros dos tiaras adornadas todavía con más ricas labores. El brillante grupo de los caballeros de la alta nobleza romana y florentina, traía á la memoria una gran parte de la Historia medioeval de Italia. Allí se veía á los Colonna, Orsini, Savelli, Conti, Santa Croce, Gaetani, Médici, Soderini, Tornabuoni, Salviati, Pucci, Strozzi y otros, con lujosísimos vestidos, y numerosa y lucida comitiva. A esta fastuosa cabalgata seguía el Cuerpo Diplomático, delante los enviados de las provincias y ciudades de la Iglesia, luego los embajadores de Florencia, Venecia, España y Francia, y al fin, en medio de Jacobo Salviati y el Senador romano, el representante del Emperador. Al fin de esta cabalgata de seglares, ninguno de los cuales llevaba armas, se veía al duque de Urbino, vestido de negro á causa de la muerte de su tío Julio II, y al sobrino de León X, Lorenzo de' Médici.

No menos colorido conjunto ofrecía la corte eclesiástica del Papa: los ostiarios, los tres subdiáconos apostólicos con la gran cruz dorada, luego la hacanea blanca que llevaba sobre sus lomos el tabernáculo con el Santísimo Sacramento, sobre el cual sostenían el palio ciudadanos romanos, mientras 25 palafreneros iban alrededor con velas de cera en las manos. Inmediatamente después venían el sacristán, llevando en la mano un bordón blanco, un secretario y un abogado consistorial. Traían á la memoria tiempos remotamente pasados, los dos Prefectos de la Mar que seguían después. Continuaba la Capilla pontificia, los clérigos de la Cámara Apostólica, los abogados consistoriales, y el Maestro del Sacro Palazzo. Con todo el adorno de sus vestiduras sacerdotales cabalgaban además 250 abades, obispos, y arzobispos, con ornamentos cubiertos de oro, y finalmente, los cardenales guardando



exactamente el orden de su rango, y acompañados cada uno de ocho camareros. Entre los cardenales Gonzaga y Petrucci se veía á Alfonso de Ferrara, con manto ducal de brocado de oro. La guardia suiza con sus pintorescos uniformes de gala—hermosas figuras de marcial continente, con centelleante armadura—anunciaba la aproximidad del Papa. Bajo un palio llevado por ciudadanos romanos, con todo el ornato de su suprema dignidad sacerdotal, en la cabeza la tiara resplandeciente con piedras preciosas, montaba el mismo blanco caballo turco en que, precisamente un año antes, había caído prisionero de los franceses en la sangrienta batalla de Ravenna. Al Santo Padre seguían inmediatamente el Camarlengo, varios camareros, uno de los cuales iba arrojando al pueblo monedas de oro y de plata (1), la gran caterva de los Protonotarios, y finalmente el Macerius con la egida del Papa. Formaban la escolta 400 jinetes.

Innumerable muchedumbre de pueblo llenaba todas las calles que debía tocar la procesión en su largo camino hasta Letrán, por la llamada Vía Papale. La misma Naturaleza parecía tomar parte en el general alborozo, ofreciendo uno de aquellos hermosos días de la primavera romana, en los que el sol, brillando en un cielo de profundo azul, derrama sobre todas las cosas sus luces deslumbrantes.

Junto al puente de Sant-Angelo se había erigido un cadalso para los jefes de la comunidad israelita de Roma, ante el cual se detuvo el Papa para recibir, conforme á la antigua usanza, el rollo de la Ley, y reprobar la falsa exposición que de ella hacen (2).

(1) Jovius (Vita Leonis X, l. 3) dice, que el papa confesó, que esta munificencia le había costado enteros toneles de escudos. Según Guicciardini (X, 4) las costas totales subieron á 100,000 ducados; según Sanuto (XVI, 158) hasta 150,000. Fray Anselmo en su \*Carta á Mantua, fechada en Roma á 12 de Abril de 1513 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), indica en cambio solamente piú di 8,000. Este dato sin duda es demasiado bajo, así como los otros á buen seguro que son demasiado altos. Según el \*Registro de Leonardo di Zanobi Bartholini, fol. 26-26<sup>b</sup> (*Archivo público de Roma*) los gastos por motivo de la coronación y del Possesso importaron en su totalidad 45,365 ducados de oro, de los cuales 1,286 duc. a dipintori della incoronazione, 1,737 duc. a Giuliano Leno et altri per le opere fece a S. Piero e a S. Janni per la incoronazione, 230 duc. a M. Antonio da S. Gallo et altri per lavoro di sopra. Por lo demás, no hay duda que una gran parte de los gastos fué sufragada por personas particulares, v. gr. Chigi (cf. Arch. d. Soc. Rom., II, 478).

(2) Sobre la antigüedad de esta costumbre v. nuestras indicaciones del vol. II.

Al fin de dicho puente se levantaba el primer arco de triunfo, en el que se leía la inscripción: «A León X, fautor de la unidad eclesiástica y de la paz entre los pueblos cristianos». Donde desembocaba la Vía Giulia había un segundo arco; y numerosos otros estaban distribuidos en el trayecto hasta la basílica de Letrán. En esta se había construído, desde el pórtico hasta el altar mayor, un estrado de unos diez pies de alto y veinte de ancho, adonde solamente subieron los que tomaban parte en la ceremonia. Después de haberse verificado las solemnidades de costumbre en la sala del concilio, en la capilla de San Silvestre y Sancta Sanctorum, se dirigieron al palacio, donde estaba dispuesto un espléndido festín. Durante el camino de vuelta se extendió la obscuridad y comenzó la iluminación de las casas.

Las calles que tocó la procesión se habían adornado riquísimamente con tapices labrados, bordados de oro y seda, y pintados; con guirnaldas de verde follaje y matizadas flores; todas las ventanas estaban llenas de espectadores, mientras el pueblo común se apretaba junto á las casas, clamando incesantemente «¡Leo, palle, palle!» El clero inferior de la Ciudad, para ofrecer sus homenajes al Jefe supremo de la Iglesia, se había repartido en torno de altares hermosamente adornados, erigidos en todas las calles á distancias determinadas. Formando con ellos raro contraste, se habían expuesto en muchas casas estatuas antiguas. Todavía chocaba más este contraste en los numerosos arcos de triunfo que, «conforme á la antigua usanza—como dice Giovio—formaban en esta ocasión el principal ornamento de la Ciudad». Ya en el primero de ellos, que Rafael Petrucci, obispo de Grosseto, alcaide del Castillo de Sant-Angelo, había hecho levantar en el puente del mismo nombre, se veía á Apolo con la lira, y juntamente la entrega de las llaves á San Pedro. En el arco de los mercaderes florentinos, se veía el bautismo de Cristo por San Juan, más allá á San Pedro y San Pablo, San Cosme y San Damián, santos tutelares de los Médici, luego las armas y divisa de éstos, y finalmente interesantes alusiones político-religiosas. Otras tales ofrecía también el arco del Maestro de la moneda pontificia, Juan Zink, donde se veían representados, entre otras cosas, reyes que ofrecían homenajes al Papa, y una sesión del Concilio de Letrán, con la inscripción: «Tú terminarás el Concilio y serás llamado reformador de la Iglesia».



Los banqueros ricos habían erigido los más artísticos arcos de triunfo, y á todos superó el levantado por Agustín Chigi, en su casa de la Vía del Banco de Sancto Spirito, con la inscripción: «A León X, feliz restituidor de la paz». Conforme al carácter mundano de Chigi, se habían puesto allí casi exclusivamente figuras paganas: Apolo, Mercurio, Palas, ninfas, centauros. En letras de oro se leía allí la sátira, que muy pronto se hizo famosa, contra los tiempos de Alejandro VI y Julio II, la cual expresaba al propio tiempo lo que los humanistas esperaban de León X:

Un tiempo dominó Venus, y luego llegó su vez al dios de la guerra;  
Ahora empiezan tus días, augusta Minerva.

Una respuesta, acomodada al sentir de la mundana Roma, daba más adelante el famoso aurífice Antonio de San Marino, quien había expuesto en su casa una estatua de Venus con esta inscripción:

Marte ha dominado y hale seguido Palas. Pero siempre reinará Venus (1).

Al pie de otras estatuas se leían asimismo versos latinos (2). En el arco levantado por el clérigo de cámara Fernando Ponzetto de la Piazza di Parione, estaban colocados Perseo, Apolo, Moisés, Mercurio y Diana, y también una representación del salvamento del cardenal de Médici en la batalla de Ravenna. Nadie tropezaba entonces en este amigable compadrazgo de paganismo y cristianismo. Un obispo, el que fué más adelante cardenal Andrés della Valle, adornó su arco de triunfo sólo con estatuas antiguas: Apolo, Baco, Mercurio, Hércules, Venus; pero el número mayor de estatuas antiguas lo exhibió en su casa el patricio romano Evangelista de Rossi. Eran numerosas las inscripciones que celebraban á León X como Mecenas de los eruditos, y un arco de follaje, situado en la Pellicceria llevaba la inscripción: «El hado se ha cumplido». La casa de la familia de cambistas genoveses de Sauli, había erigido un arco por extremo artificioso, del cual

(1) Traducción de Reumont, III, 2, 57. Los versos *Olim habuit Cypria sua tempora traen su origen de M. Ant. Casanova. Cf. F. Volpicella, Heroica M. A. Casanovae (rara publicación de bodas) Napoli, 1867, 15 y 37. Qué significación atribuyesen los contemporáneos á las inscripciones del Possesso, consta por Fr. Novellus, Vita Leonis X, Cod. Barb. lat., 2,273, fol. 61 de la Biblioteca Vaticana.*

(2) Penni en Cancellieri, 77.

salió un niño que pronunció versos latinos; una inscripción del mismo arco designaba al nuevo Papa como astro de bonanza.

También se veían, en aquel día de festejos á León X, otras alusiones, en las más diversas inscripciones y emblemas, al amor de la paz del nuevamente entronizado, de quien se tenía el firme convencimiento, que acreditaría en mayor escala, en su nueva elevada posición, la mansedumbre y modestia que había manifestado hasta entonces. La aspereza y vehemencia de Julio II estaban tan fijas aún en la memoria de todos, que su feliz sucesor podía resplandecer sin particulares esfuerzos, con la luz de una gran popularidad. Los humanistas, para quienes el nuevo Papa, ya siendo cardenal, había sido protector y amigo, anunciaban claramente por todos lados, que ahora a edad de hierro había cedido la vez á la edad dorada; y sin duda estaba en los sentimientos de León X el corresponder á semejantes esperanzas y mostrarse el más liberal de todos los protectores. Asimismo en los negocios políticos y eclesiásticos pareció León X, en los principios de su reinado, preocuparse afanosamente por corresponder á la buena opinión que se había concebido de él. Ya á 29 de Marzo de 1513, el sobrino del Papa, Julio de' Médici que, junto con Bibbiena, era el más iniciado en los secretos de la política, anunciaba al hermano de León X, Juliano de' Médici, residente todavía en Florencia, que Su Santidad trataría, ante todas cosas, de proporcionar á la Cristiandad, en lo eclesiástico y en lo político, la tan necesaria paz (1). Concluir con el cisma de Pisa, estorbar nuevas guerras en Italia, conservar el Estado de la Iglesia y unir, á ser posible, los príncipes cristianos para guerrear contra los turcos; eran las grandes incumbencias cuya ejecución reclamaba, es verdad, una fuerza casi sobrehumana. Si el Papa Médici era el hombre á propósito para ello, había de decirlo el tiempo.

Los primeros pasos de León X parecieron muy á propósito para confirmar la buena opinión que se tenía de su amor á la paz, así como de su prudencia y magnanimidad. El rigor con que se sofocó en Florencia la conjuración de los Bóscoli contra el señorío de los Médici, no fué conforme á los sentimientos del Papa. Así e historiador Giovo, como Nerli, son de parecer, que el Papa

(1) \*Carta de Julio de' Medici á Julián, fechada en Roma á 29 de Marzo de 1513, publicada por Nitti 11, not. 1.



hubiera perdonado á los culpables, si el Gobierno florentino no hubiese mandado proceder á la ejecución de los mismos luego en seguida que se pronunció su sentencia. Por el contrario, logró León X que fueran puestos en libertad los demás presos (1). Los más violentos adversarios de los Médici, los Soderini, fueron reconciliados á fuerza de magnanimidad. El Papa hizo venir á Roma á Pedro Soderini, que estaba desterrado en Ragusa, y al propio tiempo le restituyó en la posesión de sus bienes confiscados (2). Para acabar en lo porvenir con todas las enemistades, se proyectó el enlace de un Médici con una Soderini (3). También procuró León X ganar al inquieto Pompeyo Colonna, otorgándole el perdón y la reposición en sus dignidades. Ya se hablaba en Roma de una completa reconciliación con los Este y los Bentivoglio, y una comisión de cardenales negociaba con unos y otros; y en Junio se ajustó la paz con los Bentivoglio (4).

Lleno de mansedumbre y blandura fué el proceder de León X con los cardenales rebeldes. Los cabecillas de ellos, Carvajal y San Severino, habían sido aprehendidos por los florentinos, y conducidos á la ciudad del Arno con arreglo á un mandato pontificio. Allí un propio legado les llevó la seguridad de que Su Santidad haría prevalecer la gracia sobre la justicia, y les concedería el perdón y la reposición en sus dignidades anteriores, si le dieran posibilidad para ello sometiéndose perfectamente; pero había de ser condición previa de toda negociación ulterior, que se portaran como legítimamente depuestos, absteniéndose de usar las insignias de la dignidad cardenalicia. Francia, Juan Jordán Orsini y Fabricio Colonna, interpusieron por aquellos desgraciados una calurosa mediación; pero los cardenales Schinner, Remolino y Bainbridge, lo propio que el embajador español Jerónimo de Vich, se oponían resueltamente á que se los perdonara; á pesar de lo cual, perse-

(1) Jovius, Vita Leonis X 1. 3. Cf. Nerli VI, 123-124.

(2) Sanuto XVI, 269 s. Nardi 272. Cf. Razzi, Vita di P. Soderini 85, 127 s.

(3) Al principio Lorenzo de' Medici debía casarse con una sobrina de Pedro Soderini (Sanuto XVI, 57. Villari, Machiavelli II, Ap. 13). Con todo, se abandonó otra vez este plan, y al fin Luigi Ridolfi, hijo de Contessina, hermana del Papa, fué quien se desposó con la mencionada. Nerli VI, 124. Nardi II, 32.

(4) Sanuto XVI, 147-148, 152, 153, 179, 188, 337 s., 385. Regest. Leonis X, n. 2833, 3155, 3559. \*Breve á Bolonia de 20 de Junio de 1513, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*. Sobre los esfuerzos posteriores que hizo León X para establecer la paz en Bolonia, v. los breves de 19 y 20 de Agosto de 1513, que se hallan en Fantuzzi IV, 235 s. y faltan en Hergenröther.

veró el Papa en sus sentimientos conciliadores, insistiendo solamente en que los culpables se sometieran y retractaran. Las demás condiciones debían ser establecidas por una comisión especial de cardenales; pero como los rebeldes no querían al principio oír hablar de humillarse, las negociaciones tomaron un curso muy difícil (1).

Todavía mayores dificultades se ofrecieron á León X, en sus esfuerzos políticos para obtener la paz.

Ya en los primeros días que siguieron á la elección pontificia, se dijo en Roma que el nuevo Jefe de la Iglesia enviaría legados de paz al Emperador, á Francia, España, Inglaterra y Venecia (2); y parece que León X formó realmente un plan de esta naturaleza; pues, aun antes de su coronación, habla de él en los breves por los que procuró reconciliar al rey Segismundo de Polonia y al Gran Maestre Alberto de Brandeburgo; en los cuales se hace también referencia al peligro de los turcos, que debía aumentarse todavía más por efecto de las mutuas disensiones entre los cristianos (3). Pero León X tuvo que experimentar demasiado pronto, que ninguno de los príncipes europeos estaba dispuesto á prestar oídos á las exhortaciones del Papa en favor de la paz.

Sin duda alguna, el mayor peligro amenazaba á la tranquilidad de Europa por parte del ambicioso monarca francés Luis XII, el cual estaba resuelto á emplear todos sus recursos para vengar la derrota del año 1512, y volverse á apoderar de la hermosa provincia de Milán. Para este fin ajustó el rey de Francia en Blois, á 23 de Marzo de 1513, una alianza ofensiva con la República de Venecia, con arreglo á la cual, los venecianos se obligaron á salir á campaña á mediados de Mayo, con un ejército de 12.000 hombres, mientras los franceses penetrarían por el mismo tiempo en la Italia superior; unos y otros no deberían dejar las armas de la mano hasta que Francia hubiese recobrado la posesión de la Lombardía, y los venecianos hubieran reconquistado todo lo que habían poseído en el continente antes de la Liga de Cambray (4).

(1) Sanuto XVI, 58, 72-74, 158, 179, 295, 307, 308, 331. Guicciardini XI, 4. Zurita X, 58, 74.

(2) Sanuto XVI, 48.

(3) El breve de 16 de Marzo de 1513 al gran maestre Alberto de Brandeburgo se halla en Joachim I, 223-224.

(4) Dumont IV, 1, 182 s. Cf. Sanuto XVI, 119, 121 s., como también 125 y 184 sobre la publicación en 22 de Mayo.



Julio II, conforme á su carácter resuelto é impetuoso, hubiera contestado sin duda á la separación de los venecianos de la Liga Santa y á su alianza con los franceses, con las más enérgicas medidas contrarias; pero no lo hizo así el prudente y considerado León X, guiado por su amor á la paz. Por muy vivamente que pudiera sentir los daños que Francia había causado á su familia y á él mismo; elevado á la suprema dignidad, quería, sin embargo, no inclinarse á ningún partido; y cuando los embajadores imperial y español, en los primeros días de su pontificado, le dieron noticia de la mudanza que iba á realizarse, y le rogaron se declarara públicamente contra Francia y apoyara enérgicamente á la Liga con tropas y dinero, replicóles León X, que no le habían hecho Papa para dirigir la guerra, sino para fomentar la paz; y que el tesoro de su predecesor, pensaba guardarlo para la defensa del Estado de la Iglesia y la guerra contra los turcos. Inútilmente le recordó el embajador español, en una conferencia posterior, las obligaciones y agradecimiento que tenía para con su Soberano, el cual había restablecido de nuevo á los Médici en Florencia; el Papa rehusó, no obstante, el subsidio pecuniario de 10.000 ducados, que se le pedía (1). En lugar de declararse abiertamente contra Francia y Venecia, intentó más bien con pacíficas negociaciones apartar á una y otra Potencia de la guerra. Ya en el breve, compuesto por Bembo, en el que León X comunicaba su elección al Dux, iban expresadas sus esperanzas de que se conservaría la paz (2). A Francesco Foscari, embajador de Venecia en Roma, aseguraba su amor hacia dicha República, pero le prevenía urgentemente contra la temeraria alianza con Francia. El embajador negó por de pronto rotundamente la existencia de una confederación veneto-francesa; mas como León X se hubiera dirigido el 13 de Abril de 1513 á su nuevo Nuncio en Venecia, Pedro Bibbiena, para obtener noticias, el embajador veneciano le hizo las primeras indicaciones acerca de una Liga formada entre ambos Estados; y aun cuando no se atrevió á comunicar al Papa toda la verdad, observó, sin embargo, claramente, que le disgustaba el inminente ataque de los franceses contra Milán. El diplomático resume su parecer sobre la actitud de León X, diciendo, que por de pronto permanecería neutral, para ver á quién favorecía la suerte de las

(1) Sanuto XVI, 72, 73, 129, 133.

(2) Sanuto XVI, 50-51. Cf. apéndice n.º 3.

armas. A pesar de los esfuerzos de los embajadores español é imperial y del cardenal Schinner, para atraer á su lado á Su Santidad, anuncia Foscari á 18 de Abril, el Papa permanecerá neutral: bien que más quisiera no ver á los franceses en Italia (1).

Luis XII empleó por su parte todos los recursos para ganarse á León X. A este fin se dirigió al hermano del Papa, Juliano de Médici, dándole á entender cuán grandes esperanzas tenía de que León no se opondría á su empresa contra Milán; y para este caso, prometió no extender más allá su expedición conquistadora, y aun dejar al Jefe supremo de la Iglesia la mediación de la paz; Juliano, que se inclinaba del lado de los franceses, apoyó las súplicas de Luis XII; pero León X se mostró mucho más reservado. Es verdad que no tuvo por oportuno oponerse con rudeza al Rey, sino más bien procuró al principio disuadirle de sus belicosos propósitos por medio de buenas reflexiones, y luego obtener, por lo menos, con la promesa de futuras ventajas, que difiriese su expedición militar. Pero Luis XII no se fió de las promesas del Papa, conociendo claramente que, en realidad, trataba éste de impedir que los franceses conquistaran á Milán (2). Luego que Luis XII hubo logrado ajustar con los españoles una tregua (3) por el plazo de un año, respecto del teatro de la guerra en Italia, su anhelo de recobrar la perdida gloria fué más ardiente que nunca. A esto se añadió el haberse dispuesto las cosas de Milán de tal suerte, que había de invitar á Francia á intervenir en ellas. El débil y liviano duque Maximiliano Sforza tenía tan pocas fuerzas para hacer frente á la situación, que el cronista Prato repite la sentencia bíblica: «¡Ay del país que tiene un niño por rey!» (4) Así los suizos como los españoles, en los cuales se apoyaba el Duque, se habían hecho tan odiosos por sus exacciones en la Lombardía, que muchos anhelaban por la vuelta de la dominación francesa (5).

Contra el peligro que le amenazaba, buscó auxilio el duque de Milán en los suizos y en León X. Los primeros permanecieron á

(1) Sanuto XVI, 130, 133, 148, 153, 159, 170-171, 172-173, 179. Sobre el envío de Pedro Bibbiena á Venecia v. Pieper, *Nuntiaturen* 48 s. Cf. Mazzuchelli II, 2, 1203.

(2) Guicciardini XI, 4. Sadoleti *epist. pontif.* n. 10 y 11. *Regest. Leonis X* n. 2348. Roscoe-Bossi IV, 32. Nitti 14. Wirz, *Filonardi* 10 s.

(3) Prato 309.

(4) Guicciardini XI, 4.

(5) El embajador español en Roma al principio rechazaba el armisticio; v. Sanuto XVI, 179.